

# Un mundo “en pausa”, ¿tiempo de reflexión?

Fernando Sáez Lara

Museo Nacional de Antropología

Antropología para momentos críticos/2. Museo Nacional de Antropología

El mundo se ha detenido a nuestro alrededor por culpa de una enfermedad contagiosa cuya propagación ha alcanzado una escala planetaria a una velocidad y con una eficacia que no habrían sido posibles en un mundo menos globalizado e interconectado. Y, sin embargo, amparados detrás de la engañosa seguridad que nos transmiten el gran desarrollo tecnológico, científico y sanitario y el relativo confort propios de eso que habíamos llamado «sociedad del bienestar», no esperábamos que algo así pudiera suceder bien entrado ya el siglo XXI pero sobre todo que nos pudiera suceder a NOSOTRXS, de pronto tan vulnerables como el resto de la humanidad.

Pensábamos que estas cosas ya las habíamos dejado atrás, que eran males del pasado, cuando la peste, el tifus o la «gripe española» diezmaron a las poblaciones europeas, además cebándose siempre con mayor virulencia en las clases inferiores de la pirámide social, en quienes no gozaban de las condiciones de vida a las que ahora en teoría tenemos acceso de forma «universal». O en todo caso parecían «confinadas» en territorios en los que aún existe el caldo de cultivo adecuado para las epidemias por no haber alcanzado esos niveles de protección social -por lo general, todo hay que decirlo, como consecuencia de unas desigualdades enquistadas tras los más que cuestionables procesos de descolonización perpetrados por esas mismas sociedades europeas- y hasta ahora habíamos contenido razonablemente bien la expansión fuera de esos territorios de epidemias como las del ébola o los coronavirus anteriores. Y también nos las apañábamos bastante bien con otras de origen animal y a veces de procedencia más cercana como el «mal de las vacas locas», la gripe aviar o la peste porcina.

Pero de repente nos hemos despertado de golpe de ese letargo autocomplaciente con la sensación de que los miedos de otras épocas que pensábamos conculcados para siempre vuelven a resurgir, a dar un coletazo rabioso para convertir el sueño en una pesadilla. Súbitamente empezamos a conectar este toque de atención planetario -ya sí, por fin, de forma seria y sistemática- con los «meneos» que también cada vez con más frecuencia parece querer darnos la naturaleza aquí o allá para avisarnos de que igual nos hemos desviado o incluso extraviado en el camino hacia el ansiado mundo feliz huxleyano en una desbocada e irreflexiva carrera que ahora ya ni siquiera sabemos muy bien adónde nos conduce. Nos empezamos a preguntar si, en nuestra irrefrenable ansia de progreso -un concepto que forma parte inseparable del ADN del modelo liberal capitalista que la cultura occidental ha impuesto al mundo-, no habremos hecho mal al menospreciar y arrinconar por primitivos, anacrónicos o poco rentables valores que quizás ahora, en este trance, nos habrían sido útiles y nos habrían guiado con mayor claridad frente a la incertidumbre.

Valores como el establecimiento de una relación de reciprocidad con el medio natural, eso que ahora queremos enmascarar bajo la etiqueta políticamente correcta de «sostenibilidad»; como el aprecio por una diversidad cultural en vías de extinción sometida a una globalización que muy a menudo se reduce a un proceso de uniformización; como la preservación de un cierto sentido de la vida comunitaria, tanto en nuestras relaciones con nuestro entorno más cercano como con el conjunto de la

especie, eso que algunas culturas africanas llaman «ubuntu» o equilibrio interno del grupo: no hay bien propio si no hay bien común; valores como el disfrute de la convivencia y las actividades lúdicas y culturales sin la mediatización de una interfaz configurada por las relaciones de consumo; como el fomento del conocimiento, el pensamiento crítico y alternativo y el cuestionamiento higiénico de paradigmas y modelos universalistas excluyentes frente a la sublimación del dominio acrítico de la información; como la consecución de la igualdad más estricta y justa entre todas las opciones de género, un logro que no conseguimos alcanzar por la resistencia de una herencia ideológica machista y patriarcal; valores, en suma, como el respeto por las canas y la sabiduría de la ancianidad, tras haber dado por inservibles a quienes ya no forman parte del motor productivo de la sociedad pero seguramente aún tienen mucho que enseñarnos; o como el sentido humanista de la infancia, sin confundir el cuidado con la hiperprotección y la formación con la robotización.

De hecho, esta crisis nos ha puesto ante un espejo de colosales dimensiones: en un sentido u otro, ha retorcido y va a seguir retorcendo de tal manera los valores que hemos ido abrazando consciente o inconscientemente durante las últimas décadas -y los modelos sociales y económicos que los traducen en realidades orgánicas- que ya ha empezado a desnudar sus contradicciones y a poner en evidencia sus debilidades. Estamos viendo y vamos a ver de todo...

Nuestras ciudades de repente se han vuelto respirables si bien a costa de no vivir y sobre todo de no convivir en sus calles; y la naturaleza empieza a recuperar territorios de los que la habíamos excluido, ofreciéndonos imágenes singulares de jabalíes y gamos paseando por urbanizaciones y pueblos, entre otras razones porque la especie más depredadora de todas se ha visto obligada a autoenjaularse o porque el mes de abril, al menos por estas latitudes, ha vuelto a ser al menos por este año el mes de abril.

Nos ha invadido un sentimiento de fraternidad y se han puesto en marcha todo tipo de gestos y movimientos solidarios pero también nos ha visitado la tentación del egoísmo y la exclusión como suele suceder en las crisis de supervivencia, inhibiéndonos de todo lo que aconteciera, nunca mejor dicho, más allá de las cuatro paredes de nuestro refugio; y nos vemos obligados a evitar el contacto físico con nuestros semejantes más allá de nuestro círculo más íntimo, de momento por sensatos motivos profilácticos, pero ya veremos si no acaba convirtiéndose en una excusa para despersonalizar e incluso deshumanizar un poco más nuestras relaciones sociales, porque las tecnologías nos han ofrecido una inesperada tabla de salvación para mantener la comunicación entre las personas, con nuestro entorno laboral, con la realidad exterior, pero también, si no anteponemos medidas correctoras, nos exponen al riesgo de quedarnos recluidos detrás de una pantalla, reduciendo la riqueza de nuestras interacciones, desfigurando los límites entre nuestras diferentes facetas y roles, anticipando un incierto panorama de reconversión y deterioro de la cultura del trabajo y haciéndonos más fáciles presas de la manipulación.

Sufrimos por haber prescindido de la posibilidad de desplazarnos con libertad tan lejos como nuestro antojo y nuestro bolsillo nos lo permitieran y echamos de menos nuestras excursiones al campo o la playa o la participación en fiestas y reuniones multitudinarias o en la vida cultural, pero hay quienes se encuentran secretamente complacidos con la vuelta al aislamiento y la endogamia motivada por la clausura de las puertas por las que se colaba la diversidad, el cierre de las fronteras y el control y la limitación de los movimientos poblacionales.

La temporal reducción de nuestro espacio vital y de nuestras necesidades materiales nos ha permitido pararnos a pensar que quizás no precisábamos de tantas cosas que creíamos indispensables, que se puede vivir con menos, que hay otras formas de llenar el tiempo y el vacío existencial, pero también se han disparado todas las alarmas sobre las consecuencias de una drástica contracción de la cultura del consumo desenfrenado; y además el confinamiento también nos ha obligado a multiplicar las horas de convivencia intergeneracional en los hogares y a dedicar mayor atención a nuestra prole, incluso a tener una mayor participación en su educación formal, de la que nos hemos venido desentendiendo de un tiempo a esta parte, pero a su vez seguramente ha convertido en verdaderos infiernos millones de hogares en los que rige el hacinamiento, la pobreza o la violencia machista, una ramificación de esta crisis que aún estamos lejos de conocer y poder valorar.

El confinamiento también ha subrayado de forma dramática el distanciamiento mediante el que habíamos sacado de nuestras vidas a la gente mayor, a la que de buenas a primeras esta crisis ha dotado de un indeseable protagonismo, y nos hemos indignado de forma colectiva al tomar conciencia de haberla arrinconado en una red de residencias que dista mucho de cumplir con las condiciones básicas para ofrecerles una vida e incluso una muerte dignas o por haber oído cómo había quien abogaba por asumir, incluso de forma planificada, que sus «bajas» masivas eran el inevitable precio que teníamos que pagar en esta guerra contra el virus para preservar la «salud» económica de nuestras sociedades -al fin y al cabo no era cosa nuestra sino del virus el haber sido tan convenientemente selectivo en su capacidad mortífera- o, de forma más habitual, cómo había quien simplemente respiraba con alivio al saber que la gente más joven estaba menos abocada a sufrir efectos irreparables al contraer la enfermedad, como si los y las pensionistas ya hubieran quedado sólo para beneficio de inventario, pero también hemos compartido la amargura individual de quienes no han podido estar junto a esas personas queridas en su sufrimiento o su terrible despedida.

O, en fin, habiendo descubierto que, incluso en nuestro aún suficientemente protegido «primer mundo», unos servicios públicos algo descuidados y muy cuestionados en los últimos tiempos por su alto coste han estado a punto de ser desbordados por la magnitud de la crisis, no nos podemos ni imaginar cómo podrían ir las cosas para quienes viven en todos esos territorios con los que hemos ido dejando de «cooperar» para conseguir una mínima redistribución de la riqueza global si no fuera porque, paradojas de este «mundo singular», si el virus se comporta como predicen los especialistas, pueden tener la «suerte» por esta vez de salir mejor parados que quienes habitamos en las zonas templadas de la tierra no precisamente gracias a sus equipamientos sino sencillamente gracias a las altas temperaturas bajo las que sobreviven, acentuadas por el calentamiento global; pero sólo por esta vez... ¿Y para la próxima, cuando la crisis mundial que esta pandemia va a provocar se cebe aún más con esas sociedades...?

¿Aprenderemos estas lecciones o pronto, en cuanto los medicamentos y las vacunas nos permitan volver a caminar seguros y confiados hacia un horizonte de progreso ilimitado, saldremos de este estado de estupor y ojalá que también de reflexión para arrojarnos de nuevo de forma acrítica en brazos del modo de vida que la pandemia nos ha arrebatado sin pedir nuestra opinión? ¿La urgencia de volver a poner en marcha y a toda máquina la economía productiva capitalista «para evitar males mayores» nos hará olvidar en poco tiempo cómo nos hemos sentido y qué hemos pensado durante este periodo de ostracismo? Porque, claro está, también pronto nos recordarán que a su vez hemos de pensar en el precio que habría que pagar para abordar una «reconversión» o al menos

una reconducción del modelo de crecimiento planetario, en si estamos dispuestos a pagarlo, y sobre todo en quién lo va a pagar, si lo haremos entre todos, de forma proporcional y equilibrada, o si lo pagará la misma gente de siempre...

Por eso, es más necesario que nunca activar y luego mantener ese estado colectivo de reflexión, de debate, de replanteamiento de valores... Si pensamos, como se suele decir en jerga tecnocrática, que esta crisis ha abierto una «ventana de oportunidad» para reorientar nuestro camino como especie, aprovechémosla, no renunciemos a esa posibilidad a las primeras de cambio, no nos «rajemos» sin al menos haberlo intentado. Y la antropología, como herramienta de conocimiento de nuestra especie en todas sus dimensiones y en toda su complejidad, nos ofrece un espacio abonado para dar forma a ese proyecto, un espacio que, mientras duren las restricciones a que nos ha obligado la pandemia, hemos querido trasladar a este contexto digital. Si queréis acompañarnos en esta aventura, aquí nos encontraremos...





“Durante estas semanas de confinamiento he tenido que acercarme de vez en cuando al museo por motivos profesionales, realizando a pie tanto el camino de ida desde mi domicilio junto a la plaza de Manuel Becerra como el de vuelta. Atravesar la ciudad vacía y silenciosa, como quien se introduce en un mundo irreal, en una película con la imagen detenida, lejos de producirme alguna satisfacción o sensación de privilegio, me ha procurado más bien momentos de sobrecogimiento y congoja. Muchas de las reflexiones de este texto se fueron fraguando a lo largo de estos paseos que me llevaron por las calles de Don Ramón de la Cruz (1), Conde de Peñalver (2), Velázquez (3) y Goya (4), la acera del Retiro (5), la plaza de Independencia (6), la calle Alfonso XII (7), la cuesta de Moyano (8) y el paseo de la Infanta Isabel (9)”.